

MENTALIDAD FRONTERIZA DE UN MORISCO GRANADINO EN EL REINADO DE FELIPE II: CONSIDERACIONES SOBRE LOS ESCRITOS DE MIGUEL DE LUNA

ANTONIO LINAGE CONDE
ADELA TARIFA FERNÁNDEZ

«Tiene licencia de los Señores del Consejo Real Gabriel de León, Mercader de Libros, para por una vez poder imprimir este libro intitulado Pérdida de España, compuesto en arábigo por el Alcaide Abulcazin Tarif Abentarique, traduzida en lengua Castellana por Miguel de Luna, que con lizencia de los dichos señores otras vezes ha sido impresso, como parece del decreto de la dicha lizencia que original en mi oficio queda.... En Madrid, a catroze de agosto de mil y seiscientos y cinquenta y tres años»¹.

Don JOSÉ DE ORTEGA Y CAÑIZARES

A MODO DE INTRODUCCIÓN FRONTERIZA

«El intérprete Miguel de Luna no estaba interesado más que en hacer oír la voz de un morisco en lucha por su dignidad humana y aun por su existencia física. Su voluntad de leyenda responde a la cerrazón de la España oficial ante todo asomo no ya de disidencia, sino de simple diversidad ideológica»². Son estas palabras, escritas desde la Universidad de Harvard en 1981 por Francisco Márquez Villanueva, una de las revisiones actuales que notamos alejadas ya de la primera línea del combate dialéctico que los falsos cronicones del XVI despertaron en la historiografía contemporánea, devolviéndonos al fin la voz de un vasallo de Felipe II obligado a vivir entre dos fronteras.

¹ Utilizamos para este trabajo la edición realizada por Gabriel de León, en Madrid, año de 1654, en la imprenta de Melchor Sánchez.

² F. MÁRQUEZ VILLANUEVA: «Voluntad de leyenda: Miguel de Luna», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2, XXX (1981), pág. 392. Muy críticos con la falsificación de Luna son J. A. CONDE: *Historia de la dominación de los árabes en España*, Madrid, 1820, y GODOY ALCÁNTARA: *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, 1868.

Porque si ser morisco en la Granada de finales del XVI no debía ser nada fácil, tener como oficio la medicina, compatible con trabajos de intérprete de arábigo al servicio de la Corona, como afición la lectura de viejos relatos orientales, y como devoción la transmutación de leyendas en historia, en noches silenciosas de fingida «traducción» de lo que se inventa, es ya casi heroicidad. Un descaro incluso del morisco, parece dedicar lo escrito, a la altura de 1589, al propio Rey Felipe II, y que otro morisco llamado Gabriel de León, mecenas de su reedición en Madrid en 1654, hiciera lo propio «*Al Ilustrísimo señor D. Pedro Pacheco Girón, de los Consejos Supremos de Castilla, e Inquisición, Comisario General de la Santa Cruzada*». Por más que al homenajeado se le halague al comienzo llamándolo «*Águila...*, por lo Real de su sangre, por el remontado buelo con que ha subido a los encumbrados puestos desta Monarquía...», destinado el «mercader de libros», bajo falsa apariencia de modestia («*éste polluelo africano*»), nada más y nada menos que a dar a conocer a tan ilustre señor la verdadera historia de sus antepasados Pachecos y Girones... «*cuchillo sediento de la sangre de mahometanos*», historia fronteriza falsamente contada hasta entonces «*en las superticiosas tohallas de Toledo*»³.

Habida cuenta la rígida censura que todo libro debía superar para ser publicado en los años en que escribía Miguel de Luna, habríamos de convenir que no era corto de luces quien fabuló tamaño engaño; que los censores y lectores, muchos por cierto a juzgar por las numerosas reimpresiones, pecaron de flaca habilidad para leer entre líneas, o que fueron cómplices en la trama.

Porque no resulta complicado percibir el mensaje explícito que sus lecciones de «historia novelada» van dejando en el lector: superioridad moral de los árabes invasores, antigoticismo, en su providencial llegada para acabar con la España corrupta de los godos; alejamiento de ese tópico fronterizo infranqueable que impedía el entendimiento pacífico entre moros y cristianos. Apología del mito de la tolerancia que acompañó los primeros momentos de la conquista de España. Voluntad de conciliar pasado y presente sin rencores, más allá de fronteras en tiempo y espacio. Ruptura con las viejas tesis tradicionalistas que nacieron con el avance de las tropas cristianas en la historiografía de su época, andalucismo temprano en esa continuada evocación al paraíso del sur frente la Castilla del «campo seco», sin olvidar la maraña de contradicciones internas que a él mismo lo van colocando, de una a otra línea de sus escritos, entre ambos lados de una mentalidad fronteriza cristiano-musulmana, a galope de pensamientos que oscilan entre racionalismo y fantasía; entre ser o no ser creyente de algo; aunque Márquez Villanueva no dude en afirmar a la postre al respecto que «puede haber controversias acerca de qué

³ *Pérdida y conquista...*, op. cit., págs. 4-7.

clase de musulmán pudiera ser Miguel de Luna. Cabe estar seguros de que no era cristiano», para rematar con argumentos como éste: «La Historia en cuanto tarea intelectual había de ser, sin escapatoria posible, una de las primeras víctimas del aire enrarecido de aquella república de hombres encantados (...) Miguel de Luna hace mucho que debiera de haber alcanzado otra fama que la de «falsario», con añadidura de «perturbado» y de «ébrio»⁴.

Nosotros, desde la atalaya fronteriza de la Historia que Alcalá la Real nos ofrece, vamos a releer algo de lo que escribiera Miguel de Luna. Fronterizo por ser un morisco entre cristianos viejos. Fronterizo por natural de Granada. Fronterizo por transcurrir su trayectoria vital entre los reinados de Felipe II y Felipe III, frontera entre final de la hegemonía y comienzo del declive de aquellas Españas. Fronterizo en el ocaso del mundo de la tolerancia intercultural soñado. Fronterizo porque él mismo no sabía a qué lado de la frontera pertenecía, aunque parece que le gustaba justo estar en el límite de ella. Por todo eso Miguel de Luna pudiera ser un ejemplo de los hombres del ayer que hubieran podido vivir en el presente sin sobresaltos, convencido de que las diferencias no tienen por que ser disgregadoras. Por ello no pudo ser entendido ni perdonado por notables historiadores del siglo pasado, y proscrito hasta el presente, ya casi en la frontera del siglo XXI.

Hoy sin duda sabemos que Luna no reinventó nada nuevo en la historiografía, y que erró palpablemente en numerosos pasajes de su historia novelada. Pero bajo lo escrito subyace una mentalidad fronteriza que vale la pena considerar. Era éste el mensaje de Francisco Márquez Villanueva, que nosotros retomamos en Alcalá la Real, una ciudad de tolerancia por ser frontera, a la búsqueda de mensajes conciliadores entre pasado y presente.

LA ESPAÑA QUE CONOCIÓ EL MORISCO MIGUEL DE LUNA

Año del Señor de 1589: Las autoridades de unas tierras del arzobispado de Toledo protestan por la numerosa presencia de «moriscos granadinos» desarraigados que hasta allí han ido a parar tras la guerra de Granada, porque seguían viviendo a sus estilo, conservando su lengua y «multiplicándose de manera alarmante»⁵. Mientras llegan estas quejas a la Corona y se levanta voces para devolverlos a la

⁴ MÁRQUEZ VILLANUEVA: *Op. cit.*, págs. 390 y 395.

⁵ J. CARO BAROJA: *Los moriscos del Reino de Granada*, Madrid, 1976, págs. 210 y ss. El autor contrapone la actitud de transigencia preconizada por la nobleza y la burocracia, en la que en definitiva triunfaría la expulsión filipina (cfr. , K. GARRAD: *The original Memorial of don Francisco Núñez Muley*, «Atlante», 2 (1954) 199-226).

Alpujarra en severísimas condiciones, el cordobés Ambrosio de Morales ultima el tomo III de su *Crónica General de España*, llanto por la perdida España visigoda, rematado con una sentida glosa a San Hermenegildo, santo tan predilecto al Rey Felipe II⁶. En la misma fecha un morisco granadino al servicio de la corona acababa la supuesta «traducción» de viejas crónicas árabes. Así lo expresa uno de los censores (Dr. Juan de Grijota) cuando pasados ya 64 años, en 1653, decide dar el visto bueno para que se reimprima un libro titulado *Pérdida y conquista de España*, que «*tassarón los Señores del Consejo Real... a quatro maravedís cada pliego, el cual tiene sesenta, que el dicho precio monta duzientos y quarenta maravedís, y al dicho precio mandaron se venda, y no más...*», porque había revisado en agosto de 1653 el libro, en la versión impresa realizada en Valencia en 1646, «*...compuesto en lengua arábica por Abulcacin Abentarique Tarif, de nación árabe... traduzido todo en la nuestra Española, por Miguel de Luna, vezino de la ciudad de Granada, el año de quinientos ochenta y nueve...*» y nada malo halló en él. Sí muchas cosas útiles, «*gustosos a los curiosos*» y «*algunas virtudes morales destos Moros..., por cuya causa se ha impresso quatro vez, una de ellas, que fue en Zaragoza el año de mil seiscientos y tres para en mi poder y es Historia digna de leer...*»⁷. Daba pues aprobación para que Gabriel de León, «mercader de Libros», costeara éste, y dejaba constancia en sus alegaciones de ser él mismo uno de los lectores de Tarif, pasados ya más de 60 años desde que el morisco acabara su falsificación. Más de medio siglo aciago en la memoria colectiva de los moriscos españoles.

⁶ MÁRQUEZ VILLANUEVA: *Op. cit.*, págs. 360-61. La fiesta litúrgica para San Hermenegildo en España se aprobó en Roma en 1585, con intervención del monarca. Puede verse: J. M. DEL ESTAL: «Culto de Felipe II a S. Hermenegildo», CD, 77 (1961), págs. 523-52, cfr. A. LINAGE CONDE: «Noticia *ad vocem* de Hermenegildo, en el *Dictionaire d'histoire et geographie ecclésiastique*. La actitud apologética de la expulsión llegaría hasta la erudición contemporánea en un libro que todavía tiene interés por la documentación y los datos: el de Pascual BORONAT, *Los moriscos españoles y su expulsión. Estudio histórico-crítico* (Valencia, 1901). Por cierto que el autor cita sendos planes genocidas (Ibid., I, 633-634, y II, 25), a saber, el del obispo de Segorbe, Martín de Salvatierra, quien el 30 de julio de 1587 proponía al Rey: «Esta gente se puede llevar a las costas de los Macallos y de Terranova, que son amplísimas y sin ninguna población, donde se acabarán de todo punto, especialmente capando los máculos grandes y pequeños y las mujeres», y la propuesta coetánea de un prior de Calatrava en el reino de Valencia, el doctor Fidalgo, que «sin faltar uno de los hombres, mujeres y niños, los metiesen la mar adentro en bajeles barrenados, sin remos, timones ni jarcias ni velas y de esta manera los enviasen a África». En torno a una tentativa de solución civilizada pero *a posteriori*, cfr., G. S. COLIN: *Projet de traité entre les morisques de la Casba de Rabat et le roi d'Espagne en 1631*, «Hesperis», (Rabat-París) 42 (1955). Plétora de datos en el reciente libro de J. M. PERCEBAL: *Todos son uno. Arquetipos, xenofobia y racismo. La imagen del morisco en la monarquía española durante los siglos XVI y XVII* (Instituto de Estudios Almerienses, 1997).

⁷ *Pérdida y conquista...*, op. cit., págs. 3-4.

Fueron desde luego los moriscos uno de los frentes de la cruzada contra herejes que comenzara la Corona en la España de la Modernidad, y uno de los combates de la Inquisición. Conversos en teoría al cristianismo, la comunidad morisca española en el reinado de Felipe II se cifraba en unas 400.000 almas (6% de la población total), de los que la mitad estaban afincados en Aragón. El resto tenía su solar preferido en el reino de Granada, establecidos allí antes de la guerra de las Alpujarras unos 150.000 moriscos. Ellos, los granadinos, causaban a la Corona los mayores desasosiegos, convencida de que la integración no avanzaba, que las leyes de los monarcas anteriores eran ignoradas sistemáticamente por esta minoría, y consciente de que mantenían contactos frecuentes con sus hermanos de religión en el Mediterráneo. Todo ello queda reflejado en las cifras que los especialistas dan sobre el número de moriscos condenados por la Inquisición en autos de fe, elevados los porcentajes respecto al total del 3% entre 1520-29, al 88% entre 1563-69, en coincidencia con el nombramiento como inquisidor general del cardenal Diego de Espinosa, en 1564⁸.

Las duras medidas tomadas contra esta comunidad en diferentes frentes tuvieron como resultado más dramático la rebelión de los moriscos granadinos en 1568, con las terribles secuelas por todos conocida. El 24 de febrero de 1671 Felipe II dictaba el decreto de expulsión de los morisco del reino de Granada, comenzando inmediatamente las crueles deportaciones a diversas zonas de España. Vendrían pronto noticias de sus nuevas conspiraciones, y más presiones sobre el monarca para su expulsión, quien pese a todo se mantuvo firme en los intentos de integración, rechazando de sus consejeros propuestas en este sentido en 1582, 1592 y 1596⁹. Durante esos años el morisco granadino Miguel de Luna rumiaba secretamente su relato, acaso como contrapeso a las presiones ejercidas para desterrar a sus hermanos de sangre y religión, acaso como defensa de su propia supervivencia. Acaso como forma de fijar su frontera de dignidad.

⁸ G. PARKER: *Felipe II*, Barcelona 1996, págs. 141-43.

⁹ *Ibidem*, pág. 150; A. DOMÍNGUEZ ORTIZ: «El Antiguo Régimen, los Reyes Católicos y los Austrias», V. 3 de la *Historia de España*, dirigida por Miguel Artola, Madrid, 1988, págs. 79 y ss. Recordemos que según don Juan Reglá Campistol (*Estudios sobre los moriscos*, Valencia, 1964, pág. 10), «la fase científica en el estudio del problema morisco puede considerarse inaugurada por Fernand BRAUDEL: *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949, donde distingue varios problemas moriscos (éstos diluidos en Castilla entre la población cristiana, muy numerosos y compactos en Valencia y defendidos por sus señores, en Granada conservando sus jefes los vencidos en 1568-1570 y recordando aún la independencia no hacía tanto perdida; un discípulo de Braudel, Henri Lapeyre, es autor de la *Géographie de l'Espagne morisque*, París, 1949) y demuestra que el rigor con que procedió la monarquía española se debió al fracaso de las tentativas de conversión y asimilación, no cabiendo apenas otra solución que la expulsión, dado el espíritu de la época.

La Historia sin embargo giraba en su contra. En el Mediterráneo continuaban ataques piráticos, con apoyo de comunidades islámicas. Voces de estadistas garantes de la seguridad del Estado y de eclesiásticos influyentes en la Corte llevaron al problema morisco a un callejón sin salida en los comienzos del reinado de Felipe III. La expulsión definitiva de los moriscos, que comenzó en 1609 en Valencia, se hizo extensiva en los demás reinos al año siguiente y estaba consumada en 1614. Sólo se salvaron seis familias de cada lugar de moriscos, para que «conserven las casas, ingenios de azúcar, cosechas de arroz y los regadíos, y puedan dar noticias a las nuevos pobladores que vienen», exceptuados aquellos que «recibieron el Santísimo sacramento con licencia de su prelado», garantía de ser auténticos cristianos¹⁰. Entre ellos se contaba Miguel de Luna, ya en el ocaso de su vida. Para esas fechas se habían hecho al menos dos ediciones de su Historia en Granada, en años tan emblemáticos como 1592 y 1600, y otras en Zaragoza, hacia 1602-1603. No vivió lo suficiente para ver la gran fortuna de las traducciones de sus escritos al inglés, francés e italiano, en 1627, 1638 y 1648. En 1646 se reeditaba la obra en Valencia, y en 1653 en Madrid, con el visto bueno de los Señores del Consejo Real, edición de Gabriel de León que utilizamos nosotros para este comentario casi finisecular, que comenzábamos a desgranar en los años finales del reinado de Felipe II.

MENTALIDAD, HISTORIA Y LITERATURA ENTRE LA ESPAÑA DEL AYER Y HOY

Por encima de los muchos tópicos que sobrevuelan este reinado, no hay duda sobre la pasión que Felipe II siempre ha despertado entre los historiadores, convertido en uno de los personajes de la historia que ha consumido y sigue consumiendo más ríos de tinta. Acaso porque su personalidad tiene muchos puntos oscuros, que despiertan pasiones en quien trata de bucear en ellos. Bien oscuro, por ejemplo, resulta introducirse en su mentalidad.

Uno de los libros más interesantes para enjuiciar rasgos de la personalidad regia, poco conocidos, y cotejarlos con los escritos de Luna es el publicado por David GOODMAN en 1990, con el título *Poder, penuria, gobierno, tecnología y ciencia de la España de Felipe II*. Aborda en uno de sus apartados el tema de los conversos, moriscos y lo esotérico¹¹, afirmando que estos grupos marginales eran en gran

¹⁰ *Ibidem*, págs. 305-7; V. PALACIO ATARD: *Razón de la Inquisición*, Madrid, 1964, págs. 44-45.

¹¹ D. GOODMAN: *Poder y penuria. Gobierno, tecnología y ciencia en la España de Felipe II*, Madrid, 1990, págs. 58 y ss. Es estimulante la lectura del agudo ensayo erudito de Joan FUSTER: *Poetas, moriscos y curas* (Valencia, 1989) págs. 105-146.

medida responsables de que España siguiera siendo en plena modernidad «la tierra de la magia» del medievo, por su afición a la astrología y arte de la adivinación. Varios concilios en el siglo XVI tuvieron entre sus metas condenar estos vicios, amenazados de excomunión cuantos usasen de tales supersticiones, sin lograr demasiado éxito. No extraña por ello que a la rebelión de la Alpujarra precedieran predicciones esotéricas que marcaban el tiempo exacto del levantamiento, y que los líderes rebeldes aprovecharan la superstición de conocidas profecías para mover al pueblo. Pero era una mentalidad tan omnipresente en aquella sociedad que sería tendencioso atribuirla sólo a minorías religiosas no cristianas.

Porque la capacidad de lo profético-mágico para calar en todos, moriscos o cristianos, pudo verse luego, cuando desde el lado cristiano algunos líderes recurrieron a inventar predicciones, como lo fueron los falsos plomos del Sacromonte que moriscos afines a la corte como Alonso del Castillo hicieron circular¹², tomados durante mucho tiempo como verdaderos por gentes de reconocida cultura en su época. Sin duda desde la corona se entendía el valor de recurrir a la magia y a la adivinación para manipular al pueblo, y hasta fuera posible que el propio Rey llegara a participar de algunas creencias esotéricas sin menoscabo de su dignidad regia. Pero al fin y al cabo ¿no es puro esoterismo la afición a las reliquias y a la adivinación de tan fecundo arraigo en nuestros suelos todavía? Nada extraño pues que en la obra de Luna, tan dado a caminar a ras de suelo y huir de lo irracional, termine aflorando la profecía, y suenen malos vaticinios que acaban aplastando generalmente al villano.

Si lo escrito por Miguel de Luna caló tan íntimamente entre los lectores era sin duda porque contaba la historia que a ellos les hubiera gustado que fuera, y porque supo aunar aires del mejor pasado con el presente menos amargo. Notamos así que en su prosa épica puede florecer bastante nota lírica, incluso en medio del peor combate. Que rehuye los detalles morbosos en el lado de la frontera mora siempre que puede, y que rezuma humanidad al analizar personajes, incluso el que no le resulta simpático. Porque es heroico morir luchando, pero no indigno humanamente morir de pena, de remordimiento, de angustia, de soledad, de despecho, de disgusto..., tormentos que purifican al que agoniza, y que Luna les otorga incluso a los de la otra frontera, con la única excepción del perverso rey Rodrigo, muerto sí, pero sin saber cómo, cuando ni de qué. El más muerto de todos por ello.

¹² *Ibidem*, págs. 64-65, y nota 148. D. E. CABANELAS: *El morisco granadino Alonso del Castillo*, Granada, 1965, y «Cartas del morisco granadino Miguel de Luna», en *Miscelánea de estudios Árabes y Hebraicos*, 14/15 (1965-66), págs. 31-47. Sin duda Miguel de Luna colaboró con Alonso del Castillo, y pudo estar emparentado con él. En MÁRQUEZ VILLANUEVA: *Op. cit.*, págs. 359-60, y notas 1 y 2.

El espíritu del romance morisco, compuesto por cristianos desde la mentalidad mora, alusivos a leyendas de la vida musulmana dentro de sus propios dominios, se funde aquí sin fronteras con pasajes que, aún en prosa, recuerdan escenas del romance fronterizo, relatando episodios de guerra entre musulmanes y cristianos. Novela morisca, canción de gesta, algún matiz de libro de caballería, literatura epistolar, y mucha tradición de la épica medieval son rasgos que se mezclan en esta historia novelada de Luna, quien endulza si puede lo peor del lado de su frontera. Contar muertos en ambos bandos tras la batalla parece al morisco la manera de huir de detalles más escabrosos, vicio que llega a marear al lector y resta fiabilidad al relato, pero que choca con esa pertinaz búsqueda de lo más cruel en crónicas contrarreformistas cristianas. Como la publicada curiosamente el mismo año que vio la luz la reedición de Luna que nos ocupa, en 1653, por el jesuita Baezano Francisco de Bilches, que tanto deleite encuentra en narrar lo macabro en el martirio de santos a manos moras¹³.

La historia se convierte en la pluma del morisco Luna en un relato de la vida cotidiana de cada personaje, héroe o villano, dando a sus escritos un aire de hispanismo literario muy particular, fundidos en sus pasajes realidad, anécdota, localismo y sentencia moral. Sin que falte amor cortés, permanente en la literatura española del siglo de Oro, y que contribuye a dar más sensación de normalidad entre las dos zonas de la frontera, con esa mezcla étnica en apariencia tan sencilla, sólo ensombrecida ocasionalmente por la frontera religiosa. Como no falta el aviso moralizador, herencia del medievo, que el supuesto moro Tarif deja escapar breve y astutamente, cuando le parece oportuno para no despertar sospecha, marcando así la línea de su propia frontera ante la posteridad.

Miguel de Luna es el reflejo de una España herida de rencores, patria de demasiados pícaros, hidalgos, clérigos y mendigos. Luna es un superviviente entre dos fronteras irreconciliables, porque en una vivieron los Monfíes y Farrax Abenfá- rax, y en otra D. Juan de Austria, el cardenal Diego de Espinosa, y el jesuita baezano Francisco de Bilches. Todos tienen hoy su trasunto¹⁴.

¹³ Para este tema puede verse nuestro trabajo «Mentalidad, guerra y religión en la obra de Francisco de Bilches. Una visión hagiográfica de la frontera hispano-musulmana», en *Actas I Congreso Internacional «Estudios de Frontera»*, Alcalá la Real (1995), págs. 363-81.

¹⁴ Con el sosiego que a la ciencia histórica suele infundir el transcurrir del tiempo, vale la pena aludir en este punto al auge que cobran en la historiografía contemporánea más reciente los estudios sobre Al-Andalus y el devenir del posterior «problema morisco» para los reyes cristianos. Aportaciones de gran interés en el ámbito de la interculturalidad encontramos en la obra colectiva *Confluencia de culturas en el Mediterráneo* (Ed. Francisco Muñoz), «Seminario de estudios sobre la Paz y los Conflictos», Univ. de Granada (1993); en el contrapunto al mito de la convivencia de las

LA ESPAÑA QUE LUNA INVENTÓ: SU PRIMER AL-ANDALUS

Antes de comenzar su «traducción», Miguel de Luna tiene la ocasión de con-
graciarse con el Rey «Católica Magestad», dedicándole la obra. Hora de probar su
fidelidad y su cristianismo; de pedir su amparo contra detractores, por lo que
podiera suceder. Y es que ya en el Prohemio tiene trazada la primera línea argumen-
tal: ensalzar a Pelayo, porque es el comienzo de la monarquía cristiana, pero denos-
tando a Rodrigo, mal cristiano por sus muchos vicios. Hora también de mostrar al
Rey, y al «christiano lector», las muchas penalidades sufridas para realizar la tra-
ducción (como pasara «*el glorioso san Gerónimo en la versión de Hebreo que hizo..*»)
desde el árabe al español, habiendo dedicado al estudio de aquella lengua nada
menos que 27 años. Llamarse luego «gusano lleno de ignorancia», «pecador», o
esperar que lleguen muchos detractores no es más que un modo de atraer la aten-
ción sobre lo escrito, falsa humildad de un hombre que muestra rasgos de soberbia
cuando acaba retando a que «*tomen la pluma en la mano, y hagan otro tanto...
quanto más facil es decir mal que escribir libros para aprovechar a los virtuosos que
tiene la Chistianidad, y buena conciencia*». Llega el momento de disfrazarse de Tarif
para comenzar la primera parte de su trabajo, en dos libros, que comentamos muy
brevemente.

Son 61 los capítulos (236 páginas) en que Luna divide los dos libros de la
primera parte de sus historia; de ellos 32 capítulos son del primer libro, fonalizada
esta parte de su relato con el ataque frustrado del Rey Abencirix de Túnez al «Rei-
no de Marruecos de África». Y es que en esta novelada historizada había pocas
fronteras entre España y África, muy presentes en la cabeza de Luna las guerras de
la corona contra piratas de aquella ribera del Mediterráneo.

La arremetida inicial contra el malvado rey Rodrigo no puede ser más cruda.
Apenas hay epíteto vil que escape a la pluma del morisco para denostar su figura:

tres Culturas, puede verse la aportación que realizan Mercedes GARCÍA ARENAL («Minorías religio-
sos»), y C. CARRETE PARRONDO: («Relaciones Sociales y Culturales»), en «El hundimiento del con-
llevarse», *Historia de una Cultura. Las Castillas que no fueron* (A. García Simón, ed.), Vol. III, Consejería
de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León, págs. 55-85. Una revisión crítica muy intere-
sante sobre el enfoque que ofrecen los manuales de E. Secundaria actuales para Al-Andalus en G.
MARTÍ MUÑOZ y otros: *El Islam y el Mundo Árabe. Guía Didáctica para profesores y formadores*,
Madrid, 1996. En esta misma línea resultó de gran interés el Seminario sobre «Al-Andalus» organi-
zado en Granada, entre el 22-26 de abril de 1997, por el Ministerio de Educación y Cultura, con la
colaboración de la Consejerías de Educación y Ciencia y de Cultura de la Junta de Andalucía y la
cooperación del Consejo de Europa, reuniendo en esta ciudad a 60 participantes, especialistas y beca-
rios, de diversos países para profundizar en estas cuestiones. Las publicaciones que de él deriven en
fechas próximas permitirán actualizar los comentarios que hoy hacemos a la obra del morisco Luna.

aunque «de profesión Chistiana», y con la cierta habilidad para mantener su reino por un tiempo en paz «*como la ociosidad acarrea vicios y grandes daños, este desdichado rey... le dió por exercitar malos exercicios*» (L. I, pág. 34). Siendo sólo regente de su sobrino D. Sancho, conspira sin piedad contra el niño y su madre Anagilda. El morisco describe la proverbial envidia hispana, madre de tantos los males: violencia, corrupción generalizada y vicios horribles. Cerca de un rey envidioso, siempre está el traidor, ahora con nombre de Ataúlfo y perfil perfecto: astuto, mañoso, codicioso, sin escrúpulos. En la otra frontera el niño pobre, indefenso, inocente, prisionero en la torre «de la piedra», en la ya omnipresente frontera geográfica de esta historia, Sierra Morena, y una madre angustiada que llega a reunir más de sesenta hombres «criados suyos», para liberar a la tierna criatura (I, 7). El malvado Ataúlfo fracasa (con Luna fracasan siempre los villanos), hecho prisionero por la «débil» Anagilda, quien lo devuelve con una carta a D. Rodrigo, después de haberle cortado nariz y orejas. Madre e hijo escapan, primero a Córdoba, luego a Algeciras, tierra de D. Julián, más tarde a África. Y el mar eterna frontera. El telón de la primera escena cae sobre la tramoya de una España sombría, mientras Luna ha esparcido nubarrones sobre una mujer cristiana, Anagilda, bastante más cruel que desvalida; sobre un niño no tan indefenso, capaz de pactar con los moros el declive del perverso Rodrigo. Inaugura también un modelo literario epistolar reiterativo, tan del gusto guevariano¹⁵, en la dura misiva de Anagilda al rey, por un mensajero sin nariz, a modo de advertencia.

La trama se complica y los tópicos se multiplican mientras avanza el relato. Empiezan a morir de pena los actores: en tierras fronterizas de Tánger la madre y el hijo, mientras crecen los «vicios carnales» en el perverso Rodrigo, noticia «fidedigna», que el supuesto moro Tarif conoce porque se lo contaron a él prelados «dignos de ser creídos» (I, 13). Artificio muy rebuscado pero astuto de Luna, que nuevamente aprovecha para esparcir deshonor sobre el malvado Rodrigo, capaz de crueldades atroces y de pervertir sexualmente hasta al clero. Ello abre paso a un episodio de prosa poética, con aires de romancero morisco en el Cabo de Gata, hasta donde arriba un barco de prisioneros moros «que era gente ilustre...», con una bella infanta de la que se prenda Rodrigo. La frontera de la religión cae cuando ella se hace cristiana, aunque su padre al saberlo «cayó muerto» del disgusto (I, 14). Pero el matrimonio no salva al Rey de perversiones.

La deshonor de Florinda abre otro capítulo y prepara la escena de la entrada de los musulmanes con auxilio del conde D. Julián (I, 16-17). Cartas y enredos se

¹⁵ F. MÁRQUEZ VILLANUEVA: «Fray Antonio de Guevara o la ascética novelada», en *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Madrid, 1968; Cfr. MÁRQUEZ VILLANUEVA: «Voluntad de Leyenda...», *op. cit.*, págs. 369-72.

suceden hasta que llegue las primeras escaramuzas de Tarif en el sur. Hora de poner en escena leyendas y profecías, tal la de la Torre encantada de Toledo (I, 22-23), que sirven para que el autor maneje los hilos de sus marionetas a gusto. En el fondo de aquella torre estaba escrita la ruina del Rey Rodrigo y el hundimiento de los godos, por más que las consultas de los sabios aconsejen al monarca que debe levantar fortalezas en su reino. Ya han sonado toques de guerra «por toda la morisma». Tarif es nombrado capitán (I, 26), y comienzan grandiosas reclutas de hombres, iniciado ya ese fabular de cifras contando soldados que a Luna apasiona (sin mirar si sobra o falta algún cero en ellas), que harían casi un paseo el avance entre los cristianos desde la conquista de Tarifa hasta los Pirineos.

«Al reír del alba», es cuando a Luna le parece que deben suceder las cosas notables. Y uno de esos amaneceres es el escenario para que otra mujer cristiana, «Cabezuda», practique el arte de la adivinación y la profecía aventurando los éxitos de Tarif, porque el conquistador «*avía de tener un lunar peloso tan grande como un garvanzo*», en el hombro de la mano derecho, pronóstico hecho por «*un hombre Religioso muy santo, el qual tenemos los Chistianos entre nosotros en mucha estima y veneración*» (I, 32-33). Naturalmente acierta. De las virtudes que Muza encuentra en Tarif sería largo el comentario. Es mañoso, astuto, valiente, caballeroso, aunque eso no es obstáculo para que queme toda una armada en evitación que algún soldado tenga la tentación de huir. Así todos mueren peleando «como deben hacer los hombres que estiman la honra» (1-34-38), nos sentencia Luna en su hora moralizante. Y con la sentencia llegamos al Guadalete, incluido el inevitable traidor del bando cristiano. Y es que nada más cómodo para un hombre que no sabe a qué partido quedar que cruzarse con traidores en medio de su camino. Como es todo un alivio para justificar la derrota de los cristianos que se rompa su estandarte en un momento dado, con el presagio negro al fondo. Luego la cobarde huida de Rodrigo, más villano que Rey en el acto de robar las vestiduras a un pobre pastor para camuflarse para siempre jamás en las sombras de la historia, perdido en esa Castilla de las «campos secos» que el converso granadino detesta, tras la frontera de Sierra Morena (I, 43-44).

Amores y amoríos, traidores, villanos y fieles guerreros ocupan capítulos completos, mientras Tarif levanta mezquitas en antiguas iglesias, pero respetando templos para los cristianos. Imagen de tolerancia que tiene amargo contrapunto cuando un rey moro de Túnez ordena que el «infante su hijo fuera degollado sin dilación alguna» por haberse hecho cristiano por amor, utilizadas fórmulas de tortura y conminación al arrepentimiento que recuerdan las tácticas inquisitoriales. ¿Acaso Luna presenció autos de fe? ¿Acaso quería con estas imágenes hacer reflexionar a los cristianos desde la brutalidad mora?... pero no olvida la humanidad cuando narra como los cristianos recogen los cuerpos y los entierran «lo mejor que pudie-

ron, pobremente» (I, 45-49) ¿No había ya cristianos ricos para Luna en el Al-Andalus del siglo VIII? ¿No quedaban moriscos influyentes en la Granada del XVI? ¿Dónde estaba su frontera de la tolerancia mientras recapitulaba inventado?¹⁶.

Granada, Córdoba y Sevilla son los paraísos de Luna, su frontera geográfica para la felicidad. La primera se entrega sin resistencia. Era «ciudad pequeña en alto sitio fabricada», rodeada de frescas vegas, «un paraíso en la tierra» (I, 49). Menos pacíficas sus «fragosas montañas del Sol y del Aire», La Alpujarra, de «gente rústica y labradora». Allí hubo batallas naturalmente, muy vivos en la memoria de Luna los sonos de guerra moriscos, aunque un noble y esforzado capitán, Abrahen Abuxarra la conquiste, con ayuda del mal villano Fandino, y las negociaciones de su obispo Otogenario, que logra pactos inspirados en la Capitulaciones de Santa Fe (I, 48-54). Las sierras del Sol y del Aire son ya eternamente bautizadas con el patronímico épico tan del gusto morisco: ¿No era Vandalucía nombre de una nación «que la habitaron en tiempos pasados, llamados Vándalos»? (I, 55). Córdoba fue siempre el refugio, el descanso del guerrero, mora por antonomasia y sin discusión posible. «Hisपालa» la perla rebelde cristiana que resiste a caer más tiempo. Despreciada primero por estar invadida de peste, su arrinconamiento sirve a las tropas musulmanas para tomar «la vía de Castilla». En el camino conquistan sin el menor esfuerzo «una ciudad pequeña llamada por propio nombre español Úbeda», y de su mano Baeza, sumisa también al moro (I, 63-64), mientras Sevilla resiste parapetada tras su fuerte muralla, porque entraban por el río Betis «bastimentos» desde «una tierra fragosa que llaman los Chistianos por nombre Vizcaya», rendida al fin al rey de Córdoba, con ayuda del de Baeza, luego que Pelayo negara a aquellos cristianos del sur socorro, prefiriendo dedicar sus fuerza a conquistar León (II, 201-12). Nada agradable recuerda al parece Miguel de Luna del solar del conde

¹⁶ Nada «tolerante» es la historiografía cristiana del XVII contando la conquista de España. Comenta el padre Bilches sobre la conquista de Baeza que la tenía conquistada Tarif «debaxo de ciertas condiciones, en apariencia estables, en la realidad vanas, porque después de juradas no tuvieron efecto...». Añade que pronto los moros «tomaron propósitos de perseguir la chistiandad. Así consta del edicto que publicó Homar, y executó con tanto aprieto que en pocos días de vida llenó de mártires España...». F. DE BILCHES: *Santos y santuarios del Obispado de Jaén y de Baeza. Prueba de lo resuelto por los Santos*, Baeza, 1653, págs. 85-86. Se toca el tema en A. TARIFA FERNÁNDEZ: «Crónicas y Cronistas giennenses en el mito de la convivencia cristiano musulmana: Úbeda en la historiografía moderna», en *B.I.E.G.*, núm. 65, *Primer seminario «Manuel Caballero Venzalá»* (1997), págs. 143-60, y LINAGE CONDE y TARIFA FERNÁNDEZ: «Sobre el concepto y evolución de la frontera en los reinos hispánicos peninsulares», *I Congreso Internacional «Jaime III, setecientos años después»*, Alicante en *Anales de la Universidad de Alicante*, Departamento de Historia Medieval, núm. 11 (1996-1997), págs. 531-540. Con carácter general puede consultarse L. SUÁREZ FERNÁNDEZ: *Historia de España. Edad Media*, Madrid, 1979, págs. 9 y ss.

D. Julián, traidor al fin y al cabo. Motivo acaso para que no dedique halago alguno a Málaga: allí se despeña desde una torre Florinda, alegando que *«no merecía vivir en el mundo con tanta deshonra, siendo causa de tanto mal y destrucción»*, allí se suicida el padre enloquecido en medio del escenario (*«se metió él mismo con sus manos un puñal en los pechos y cayó muerto»*), allí muere la condesa, su mujer *«de un cancer incurable que le dió en el vientre»*. Mala-ca es un nombre maldito para el morisco¹⁷. Tiempo más que sobrado para que descubramos ahora otras pasiones y recelos del morisco Luna.

Simpatías le sigue despertando el valiente Pelayo, que no sus tierras fragosas del norte. Rechazo la división interna de los gobernadores de Al-Andalus, anticipo de la Taifas que luego vendrían (II, 147). Admiración ese saber ganar siempre del rey de Baeza, al que retrata pactando con todos, levantado castillos, o reforzando otros como el de Hiclbin, al que puso por nombre Heznalquilah, practicando los beneficios de la política matrimonial, intrigando, tocado por la diosa fortuna cuando se descubren las ricas minas de Sierra Morena, quedando desde entonces *«rico de moneda y gente de guerra»* (II, 192-204); Asombro la naturaleza indómita del Puerto de la Ragua, siempre trampa para quien le desafía en invierno (II, 195). Calma la fértil vega valenciana, agobio la sequedad de tierras de Murcia y Cartagena (II, 206). Congoja la muerte en tristeza de valientes derrotados, de seres humanos en horas bajas (II, 206, 219, 221, 223, 226). Satisfacción el que *«Dios nunca ayuda a los traidores»* (II, 208). Pasión en esa cita atribuida a rey Betis de Granada: *«el que viviere en la Isla de España siempre ha de andar a punto de guerra»*, como la estatua del caballero que marcaba eternas fronteras de rivalidad con Córdoba (II, 179).

Y ese regusto amargo a la coplas manriqueñas en el lamento por la muerte del rey Habdilbar que impregna el espíritu del morisco con el que despedimos su voz, comprendiendo tanto pesimismo, justificado en el momento fronterizo que le tocó vivir: *«...como la muerte no dexa de hacer su oficio, sin perdonar a Reyes ni a grandes Emperadores, antes iguala a todos..., a cuia jurisdicción estamos todos los vivos sujetos, sin esperanza de libertad hasta pasar aquel tránsito tan espantable, temeroso y amargo...»* (II, 223).

«...los loores sean dados al soberano Dios, por el bien que nos viene de su mano, Amén. Acabose de escribir esta historia en la ciuada de Búcara a los tres días de la Luna de Duihija, del año de la Hexera de ciento y quarenta años.» (II, 232).

¹⁷ Explica ingenuamente con detalle al lector como mudó el nombre de esta ciudad porque Florinda lo mandó antes de morir, dado que «ca» en español significa «porque», añadiendo el conocido tópico sobre a la hija de D. Julián, a la que llamaron la Cava (I, 81- 83).